

En vano por consolarle
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
El se encerró en su aposento,
Y en soledad noche y día,
La razón y la porfía
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos fieles y viejos,
"No necesito consejos
Respondió, sé como obrar."
Y aunque adusto y cabizbajo,
Bien en su faz se veía
Que algo resuelto tenía,
Imposible de mudar.

CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE
UNA AVENTURA DIGNA DE SER
MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña,
Hubo, según un cronista,
Allá en edades remotas,
Un castillo inhabitado
De manos francesas obra.
Pertenece en los tiempos
A que alcanza nuestra historia,
A un segundo pendenciero
De familia poderosa.
De modo que en su recinto,
Roido por la carcoma,
No había más que un alcaide
Con guardia holgazana y poca.
Y como donde hechos faltan
Fábulas del vulgo sobran,
De él relataban mil cuentos
Los pueblos á la redonda.
Todo invenciones acaso,
Mas siempre lo falso apoya
Alguna verdad oculta
Entre mentiras de monta.
Y es así que no hay castillo
Ruinoso, ni ermita sola,
Donde mil negras visiones
Crédulo el vulgo no esconda;
Mas no hay una de esas fábulas
Imposibles y espantosas
Que no haya tomado origen
De un hecho que el vulgo embrolla.
Tal era nuestro castillo,
Mansion solitaria y lóbrega,
Vivienda, según el pueblo,
De fantasmas y de sombras.
Jamás se abrían sus puertas
Sino á medias y á deshora;

Jamás por ellas entraban
Sino á lo más dos personas.
Nadie por ellas salía
Tras conversacion sabrosa,
Ni aun en busca de viandas
De gente que existe propias.
Todo lo cual era cierto,
Porque el alcaide en Perona
Almacenaba por años
Su provision, que aunque corta
Bastaba para su gente,
Que descuidada y ociosa
En la ciudad se ocupaba
Todo el año sin zozobra.
Y en esto siempre sus amos
Hicieron la vista gorda,
Pues nunca anduvo la paga
De la guarnicion de sobra.
Ellos se buscaban vida
En la ciudad más gustosa,
Donde hallaban amos ricos,
Juegos, pendencias y mozas;
Y en caso de una imprevista
Necesidad poderosa,
Siempre en el castillo hallaban
Casa grande y mesa sóbria.

Los años de novecientos
Y ochenta y seis, (ó era prócsima)
Corrían cuando una noche
Oyó el alcaide á deshora
Al otro lado del foso,
Producida en una trompa
Aguda señal de aviso
Que redoblaba imperiosa.
Bajó el puente y en el patio
Entróse sin ceremonia
Un hombre, que dijo á voces
Desde el caballo que monta,
—Ola alcaide! vuestros amos
Llegan mañana á estas horas.
—Mañana! exclamó el alcaide,
Válganos nuestra Señora
Del Hoyo, y están las gentes
En la ciudad.

—Nada importa,
Buen viejo, repuso el otro,
Los amos traerán su escolta,
Y á más el secreto encargan
Y grande.

—Secretos... ¡oiga!
—Y así que todo esté listo,
Y nada de ir á Perona
A garlar como mujeres.
¿Con que lo oye? punto en boca.

Metió su jaco en la cuadra,
Tomó la escalera lóbrega
De la torre, y pidió al punto
Cena fuerte y cama cómoda.
Y por más que ensartó el viejo
Unas preguntas tras otras,
No le sacó más palabra
Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero,
Pues de su lecho de rosas
Del día siguiente apenas
Se levantaba la aurora,
Cuando el señor del castillo
Sobre una yegua fogosa
Cruzaba el puente seguido
De unas catorce personas.
Dos eran damas cubiertas
Con largos velos, las otras
Criados, y gentes de armas
De faz amenazadora.
Y en verdad que su talante
Y aparición misteriosa,
Nada de bueno auguraban
A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo
Todo en redor del monte en que se alzaba,
Un frondoso y ameno parquecillo
Donde un arroyo limpio murmuraba;
Y entre guijas bullendo,
Por entre árboles mil serpenteando,
Ya en remansos sus aguas deteniendo,
Ya por cuevas sus aguas despeñando,
El parque por do quier iba cubriendo
De gruesos chopos ó de césped blando,
Dando al par su corriente cristalina
Música y sombra á la mansion vecina.

El espeso follaje
Y la fresca estension de su ramaje
Entoldando la yerba en el estio,
Y en el invierno crudo
Guardando el valle contra el cierzo frio
Penetrante y agudo,
A la paz y al reposo convidaban;
Y así á su rica amenidad venían
Y en su centro anidaban
Mil avecillas que hasta allí llegaban
Y contentas en él se guarecían.
No había allí tocado por fortuna
Del hombre protector la torpe mano,
Y sin lesion alguna
Prosperaba en invierno y en verano.

En sus cuadros campestres
Sin ayuda de riegos, ni semillas,
A su capricho y voluntad brotaron
Mil rosales silvestres,
Que del agua las márgenes bordaron
Con varia multitud de florecillas;
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron
Tal vez de sus colores envidiosas
Amapolas y malvas temblorosas,
Romero y madreselvas amarillas.
Ni tampoco faltaron
En el vicioso césped, escondidos
Los lirios, por el sol descoloridos,
Los jacintos morados,
Las anchas acederas,
Las pródigas junqueras,
Y las altivas y sonantes cañas
Rodeadas de mimbres y espadañas;
Y aun al pié de una peña guarecidas

Del cierzo y de las ráfagas inquietas,
Se levantaron de perfume henchidas
Tempranas y odoríferas violetas.

Aquí, pues, una tarde
Ya cercano á su fin el claro día,
Al pié de una cascada
Que la corriente hacia
Por encima de una peña despeñada,
En el mullido césped recostada
Una niña hermosísima se vía.
La sien sobre la mano,
Sobre la yerba el codo
Permanecía inmóvil de tal modo,
Que alguno la juzgara fácilmente
De acertado escultor obra excelente,
Trasunto de un modelo soberano.
Sus dulces ojos de tristeza llenos
Fijos en la corriente fugitiva
No brillaban amantes y serenos,
Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,
Y á través de una lágrima ardorosa
Miraban la corriente distraídos
Con espresion doliente y lastimosa.
Y su frente nublada
Con hondos pliegues de dolor sulcada,
Su faz descolorida y ojerosa,
Y sus mejillas faltas
De su matiz purísimo de rosa,
Demostraban bien claro
Que en su cándido espíritu inocente
El pesar se cebó traidoramente.
Ella en sus pensamientos embebida
De su propio aislamiento se olvidaba,
Y el aura estremeciéndole atrevida
Los ligeros adornos,
Con que cubierta su beldad llevaba,
Sus puros y bellísimos contornos
Descubría á traicion cuando pasaba.
Y el hombro torneado,
Y el trasparente cuello,
Y el pecho entre los rizos mal velado
De su rubio cabello
Por la espalda y los hombros destrenzado,
Y sus menudos piés mal escondidos
Entre los pliegues de la suelta falda,
Deshechos á los soplos atrevidos
Del aura licenciosa,
Todo sin gran pesar lo descubría
La vista cuidadosa
De un viejo peregrino que subía
Por la empinada cuesta trabajosa.
Y aunque avanzaba el viejo
Cada vez con más prisa y más recato,
La niña sin consejo
No curaba abismada en su amargura
Los hechizos velar de su hermosura;
Y así mientras el viejo peregrino
Por la cuesta subía
Con cada pié menguando su camino,
La hermosa niña sin temor yacía
A sus solas llorando su destino.
Llegó por fin donde el arroyo manso
Para rodar mejor por la cascada

Parándose tenaz labró un remanso,
Y con voz cariñosa
Y sonrisa halagüeña
Dijo á la niña: "¿Qué haces, Blanca hermosa,
Tan sola en esa peña?" —
Y en sí volviendo con su voz la niña
Los ojos en redor tendió asombrados
Y ¡Quién me nombra! preguntó risueña.
—¿Quién sino yo, la replicó el viajero
Que de tu mal dolido
Librarte dél ó consolarte quiero.
—Ay señor! dijo Blanca suspirando,
Que completo mi mal no habeis sabido
Cuando me estais remedios augurando.
—¿Quién sabe ¡pobre niña! si mi ciencia
Podrá alcanzar para tu mal remedio?
—¿Tan sabio sois?

—Tan sabio,
Que si tal vez me cuentas por tu labio
Todo el mal que padeces
Creo tener para curarle medio.

Quedó Blanca mirando al peregrino
Tal promesa y palabras escuchando,
Y á su lado sentándose el buen hombre
Desta manera á Blanca siguió hablando.
—No es tu padre un hidalgo poderoso
Señor de ese castillo?
Dí, ¿no es tambien tu madre
Esa hermosura de quien es esposo?
—Ay! ni él parece á la verdad mi padre,
Ni ella fué nunca sino monstruo odioso
Que me robó mi paz y mi ventura,
Envidiosa tal vez de mi hermosura.
—¿Con que es tan bella y tan . . .

—No hablemos de ella?
Que solo con oír su nombre infando
Se me estremece el corazón temblando,
Y por ella no ceso
De vivir suspirando.
—¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?
—Creedme que lo es: por ella solo
Yo que nací contenta y virtuosa,
Yo que siempre viví tranquilamente,
¡Ay! de oveja inocente
Me he trocado en serpiente venenosa.
Porque nací señora
Y ella esclava me ha hecho,
Menos que esclava, sí, que á cada hora
Con el puñal agudo
De una injuria mortal me hiere el pecho.
Ella me hizo á mi padre aborrecida,
Y así ¡ay de mí! cuando á mi padre acudo
El maldice colérico mi vida.
Porque todo su amor, por ella hurtado
Ella sola lo tiene, y avarienta
Del cariño y del oro
Que mi misero padre la ha mostrado,
Las tristes horas de mi vida cuenta
De su amor heredera y su tesoro.
Y así paso la vida
Viéndome á todas horas despreciada,
Sin duelo castigada

Mi belleza si existiese y maldecida.
Y dan por hijas de una mente loca
Las sentidas razones de mi boca,
Llamándome si misera me quejo
Atrevida mozueta sin consejo.
Y los viles vasallos que me miran
Tan sola y sin amparo,
No hallan en injuriarme algun reparo,
Y olvidando el respeto que me deben
Todos á la hija del señor se atreven.
Y yo ¡triste de mí! sin mas consuelo
Que llorar á mis solas con mi duelo,
De los míos mofada y los extraños,
Sin esperar favor de tierra y cielo
Huir contemplo mis floridos años;
Y á solas me consumo,
Y en lágrimas mi vida se deshace
Cual flor que el rayo desvanece en humo.

Y así diciendo la apenada Blanca,
Con iracunda mano
Los bellos rizos de su frente arranca,
Y ofende su semblante soberano,
Maldiciendo á la faz del peregrino
La injusticia fatal de su destino.
Hasta que él sujetándola los brazos
Y teniéndola en nudo cariñoso
Asida dulcemente,
Con amorosa voz y acento amigo
La dijo así teniéndola consigo:
—Serena, hermosa mía!
Serena, sí, tus ojos de paloma,
Que ya puedo de tu ventura el día
Por el oriente purpurino asoma.
Escucha ¡Blanca bella!
La voz enamorada
De tu libertador, y oírás en ella
Tu alma acongojada
Consoladora música encantada.

Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas,
Rico y feliz, pero la suerte avara
Dicha muy en breve me vendió muy cara;
Todas al fin mis esperanzas rotas
Juguete de la suerte me hallé un día,
Y en brazos me lancé de la fortuna,
De ella y de mí sin esperar ninguna.
Largo tiempo á través de las fatigas
Erré cruzando el arenal del mundo
Ya por campo feraz rico de espigas,
Ya por campo erial lleno de espinos,
Ya por montaña estéril,
Ya por valle fecundo
Surcado por arroyos cristalinos,
Del invierno arrostrando los furoros
Y espuesto del verano á los ardores.
Pasé al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!
Y al punto en que te ví, ciego y sin tino
Corriendo tras tu huella luminosa
Perdí mi pensamiento y mi camino.
Lancéme tras de tí, seguí tus pasos,
Atravesé la Francia
Y llegué de Borgoña á la frontera
Siempre en pos de tu rápida litera.

Ahora responde, ¡oh Blanca! yo soy dueño
De un país rico y fértil lejano,
Esto que ves en mí todo es un sueño;
Este viejo disfraz con que me embozo
Encubre como vez un noble mozo;
Si me quieres seguir, esta es mi mano.

Y así hablando el fingido peregrino
El bizarro semblante
De su postiza barba separaba,
Y su semblante juvenil mostraba
De valor nobilísimo radiante.
Y la niña infeliz le contemplaba
Cual bella aparición que ante la vista
El viento cruza y en el viento posa,
Y vá sobre una ráfaga imprevista
Iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta
La creida vision contempla y toca,
Y á concebir no acierta
Una idea su mente, un ¡ay! su boca.
Que la triste al pesar acostumbrada
Inaccesible al bien escucha y mira,
Y á la voz del placer embelesada
Tal vez por no ahuyentarle no respira
Mas mientras ella goza
Con la idea del bien que aun no comprende,
Y el pensamiento con los ojos tiende
Por el azul espacio cristalino,
Siguió de esta manera el peregrino:
—Blanca pura y hermosa!
Yo te puedo tornar rica y dichosa:
Yo puedo sustraerte
Llevándote conmigo
De una existencia triste y trabajosa,
Que acaso ¡ay Dios! te llevará á la muerte.
Pero tu honra es primero,
Y pues nací con honra y caballero,
Obtendré de tu padre la licencia,
O forzaré su gusto
Si á nuestro bien opone resistencia.
—¿Ay! si de él esperais consentimiento
Jamás le otorgará!

—Con tiempo y maña
Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
Que ayudándome tú ¡querida mía!
O neciamente el corazón me engaña,
O de tu libertad despunta el día.
Escucha, Blanca, bien en el sosiego
De una tarde serena
Cuando tu gente salga
Por la floresta amena,
Al compás de un laud el peregrino
Contará dulcemente
Los himnos del monarca penitente.
Y la música ¡oh Blanca!
Es talisman que lo imposible vence,
Y del alma mas terca y mas bravia
El pensamiento mas feroz arranca.
Por una sola noche
Demandaré un albergue en el castillo,
Y sin que nadie á sospecharlo alcance,
En el silencio de la noche umbría

A solas con tu padre razonando
Lograré que consenta; y mas llegando
A saber con mi nombre
La razon de dejar la patria mia.

Y aquí corta el cronista
De quien copio esta historia
El hilo de su cuento, y no hallo justo
Poner yo lo demas de mi memoria.
Solo nos dice al cabo de dos hojas
De inútil razonar, que ambos amantes
De una acacia á los piés se despedían,
Jurándose por vida ser constantes
Al amor que los dos se prometían.
Lo que el viejo hablaria no se sabe,
Mas creo que seria bueno y mucho
Pues era en tales lances harto ducho
El tal Romero, y el negocio grave.
Ello es, caro lector que anochesca,
Y apartados al fin, con paso lento
Cada cual á su albergue se volvia,
El al lugar á meditar su intento,
Y ella á sus torres á esperar el día.

CAPITULO IV.

EN DONDE VERA EL LECTOR, SI TIENE
PACIENCIA, EL FIN DE LA COMEN-
ZADA HISTORIA.

Era una noche del Abril serena,
La luna en el cenit resplandecía
Y el aura erraba de perfumes llena
Que en las tempranas flores recogía.
De esas noches azules, deliciosas,
Que solo ideas del placer producen,
Y que solo para almas venturosas
Para escenas de amor voluptuosas
Con fugitivos resplandores lucen.
Todo yacía en lánguido reposo
En torno del castillo solitario,
Circundado de ambiente vaporoso,
Cuyo velo entoldaba misterioso
La lejana estension del campo vario.
Todo en tranquila soledad yacía;
Y solo alguna vez lánguido y lento
Partido en frases sin compás se oía,
Un pausado cantar que se perdía
Por la tranquila cavidad del viento.
Y esta es la única voz que muchos años
El nocturno silencio ha interrumpido
De este castillo triste abandonado,
Y esta es la única voz que han repetido
De sus bóvedas hondas por los huecos
Los recónditos ecos
Ya á los acentos del placer extraños.

Las aves que se anidan
En sus rotas almenas
El insólito canto oyen medrosas,

Los pardos ojos asomando apenas
Por las grietas añosas.
Y con el son extraño desveladas,
Sus ecos por el aire desparcidos
Alguna vez apoyan asustadas
Con graves y monótonos graznidos

Y el castellano en tanto,
Señor de aquella antigua fortaleza,
Paga de un viejo trovador el canto
Haciendo ostentacion de su grandeza,
Y le paga el cantor el hospedaje
Dejando á su lado su bordon bendito,
Para cantar la historia de su viaje
Mientras que el huésped sacia su apetito.
En medio de un salon entapizado
Sobre mesa anchurosa
Y delante de una ancha chimenea
Magro tassajo humea,
Y de las llamas al amor sentado
En frente de la hermosa castellana
El baron se harta del castillo dueño,
Y dá al placer el tiempo que es del sueño,
La voluntad torciendo soberana
Con que Dios hizo al mundo,
Cuando animando el caos do yacia
La negra noche separó del dia.

A sus piés y en un pico de la alfombra
De la llama á la sombra
Entonaba su cántico divino
Un sonoro laud pulsando diestro
El mismo misterioso peregrino,
Que de figura y caracteres muda
De Blanca por amor, y que sin duda
En música y amor es gran maestro.
Las viandas gustaba
Blanca en silencio mientras él cantaba,
Y si su padre el cántico aplaudia
Con recelosos ojos le miraba,
Y en silencio seguia:
Mas si el baron la copa le alargaba
El peregrino sin temor bebia.
Y el baron al compás de las canciones
Doblaba sin pensar las libaciones,
Hasta que ya escaltada la cabeza
Y alegre el corazon con el Borgoña
Que á dejarse sentir acaso empieza,
Perdió su gravedad mal simulada
Rompiendo en poderosa carcajada.
Y necia ostentacion echando fuera
Interrumpió al cantor de esta manera:
—Dejad los salmos, que en verdad, buen hombre,
Que aunque santos son poco divertidos
Para halagar con ellos
De un hidalgo que cena, los oidos.
Decid ¿cómo os llamais?

—No tengo nombre.
—¿Qué ¿no os han bautizado?
—El nombre que me dieron
En la pila, señor, se me ha olvidado.
—¿Tambien el suyo vuestra gente ignora?
—No hay de mi gente ahora
Ni un individuo, todos perecieron

A manos de una peste asoladora.
—Mas con nombre ó apodo
Os han de distinguir de cualquier modo.
—Llámanme, gran señor, Juan del Desierto.
—Y es un nombre magnifico por cierto.
—Y otro no he de llevar, por vida mía!
Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo
Con el nombre y la faz que antes tenia,
Pueda á mi patria con honor volviendo
Salir ufano ante la luz del dia.
—¿Y cuál es vuestra patria?
—El desierto, señor. ¿Pues no os lo dije?
—¿Por Dios que sois bizarro!
No alcanzo en el desierto que os aflige
Volvais ó no volvais, en él ninguno
Habrá que os eche en cara
Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno
Desde vuestro bautismo.

—Negocios son de casa y de familia
Que se han de consultar consigo mismo.
—Teneis razon, buen hombre,
Porque así como así por un necio
De familia tambien, no uso mi nombre.
—Gózome, pues, de haceros compañía
Pareciéndome á vos, mas con permiso,
¿Cuándo le cobrará su señorío?
—Por ser vos galan al mismo tiempo
Que vos le recobreis.

—De esa manera
Vuestro nombre postizo echad á fuera
Que yo lo haré mañana antes del dia.
—¿Qué me place! brindad con ese vaso
Para cantar mejor.
—En ese caso
Decid á quién el brindis se destina
O dadme vuestro nombre será á ellos,
—Brindad, pues, á Lotario y Argentina.
—Lo merecen ¡pardiez! que son muy bellos.

Y levantando las copas
A la par ambos á dos,
Al mismo tiempo brindaron
Todo apurando el licor.
Volver al canto en seguida
El peregrino intentó,
Mas se trababa su lengua
Sin dar con otra cancion.
Hasta que al dar á una estrofa
Un tono desgarrador,
Los párpados poco á poco
Sin concluir la cerró:
El cuerpo desfallecido
Tendiendo al dulce calor,
Y en sueños tal vez luchando
Con su enronquecida voz,
A quien ahoga la estrecha
Dificil respiracion.

Esto que vió del castillo
El soñoliento señor,
—“Lo entiende! dijo mirándole
“Sigámosle, voto á Dios!”
Y asíéndose de su esposa
Para tenerse mejor

¡Alúmbrame! dijo á Blanca,
Y en su cámara se entró.
Quedó la estancia en silencio
Sin oirse al derredor
Mas que el chispear de los tizos
Y de las llamas el son.
Mas apenas en la puerta
Blanca otra vez pareció,
Cuando el peregrino alzándose
Con rápida precaucion
Asiéndola de las manos
Hablóla en este tenor:
Blanca, esta noche conmigo
Otro peregrino entró,
Búscales y á este aposento
Traemele al punto.

—Señor

¿Qué intentais!

—Que no haya obstáculo

En tu padre á nuestro amor.
Yo sé que tengo palabras
Con que ponerle en razon,
Y es un secreto que importa
Consultarlo entre los dos.

—Pero

—¿Me amas. ¿Quieres necia
A tu vida de dolor,
A tus antiguos pesares
Volver para siempre?

—Ah, no.

—Pues obedéceme y calla,
Que te juro por mi honor
Que has de ser esposa mia
Tras esta conversacion.

Y hablando así el peregrino
Blandamente la empujó,
Y á la puerta la condujo
Cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado
En cómodo y recóndito aposento,
Triste y opacamente iluminado
Con la luz amarilla
De escasa y embozada lamparilla,
Vino á esconder su amor á otro robado
La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo
Llore en su yermo y despreciado lecho
La herida que ella le dejó en el pecho,
Si ella rie su impúdica torpeza
En brazos del amante licencioso
Que goza en paz de su fatal belleza?
¿Qué importa, sí, que llore y desespere,
Como ella con su amante nunca espere
Que sepa el infeliz su oculto asilo,
Para que nunca pueda
Ir á turbar su porvenir tranquilo?
Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;
Y al fin burlada su esperanza queda
Cuando tal vez la precaucion le sobra.

Ignoraba tal vez el mundo entero
De la esposa perdida la morada,

Del pérfido galan el paradero,
Y Castilla indigna
Y la misma Tolosa avergonzada
Las huellas le seguian,
Y topar con su rastro no podian.
Y Argentina y Lotario
Reposaban en blando y dulce sueño
Dentro de su castillo solitario.
Y ella apenas dormida
Del fuerte cuello de su amante asida,
Y á medias descubierta,
Leve sonrisa sobre el fresco labio
Y en él palabra produciendo incierta
De amante pensamiento concebido,
Con el cabello en rizos destrenzado
Y en la almohada tendido,
Y el pecho contornado levemente
Tras el lino sutil y transparente,
Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,
Como nunca á la mente de algun niño
La casta imágen del primer cariño
En sueños se ofreció resplandeciente.
El reclinado entre sus brazos bellos
Y tal vez harto de placer, dormia
Mullido cabezal hallando en ellos.
Pero sonó á deshora
Confuso son de pasos por la estancia,
Y faltando la luz consoladora
Menguaba de los pasos la distancia.
Y una persona que llegaba á oscuras
Con pié callado y precaucion traidora
Del lecho asió las anchas colgaduras.
¿Quién vá? dijo Lotario despertando,
Mas no oyendo respuesta
Iba á saltar del lecho
Cuando su golpe por su voz guiando
Un agudo puñal llegó á su pecho,
Ante sus ojos vengador brillando.
Lanzóse al punto la infeliz belleza
Un socorro á implorar desatinada,
Y en brazos del incógnito cayendo
¡Amparadme! gritó desalentada.
Mas en la sombra sujetarse viendo
Transida de terror y maravilla
—¿Quién está aquí? pregunta vacilando,
Otra voz á la suya contestando:
¿Quién ha de ser? El conde de Castilla.
Cayó de hinojos Argentina al suelo
Con dolorosa voz y amargo duelo
Piedad clamando al conde,
Pero él con ronca voz, en vano esperas,
En la sombra responde,
Que resolví tambien tu desventura
Que por no vacilar con tu hermosura
Maté la luz porque á mis piés murieras.
Y animando su ofensa á su venganza
Se dispuso á cumplirla
De la infeliz mujer sin esperanza
Buscando el corazon antes de herirla.
Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,
Y un momento despues del golpe duro
En su recinto oscuro
Solo guardaba sangre el aposento.

Cuando entró Blanca otra vez
De la cena en el salón,
Tranquilamente sentado
Al peregrino encontró,
Que la barba sobre el puño
Y el codo sobre el sillón
Una canción castellana
Entonaba á media voz.
Tendió tras Blanca al sentirla
El ojo escudrinador:
Y viendo á su compañero
Con ella entrar, sonrió.
Y á él dirigiéndose al punto
Con siniestra precaución
"¿Cumplistes?"—dijo—y el otro
—"Todo está ya" contestó.
A cuya respuesta asiendo
De su capa y su bordón,
Con voz reposada á Blanca
De aquesta manera habló:
—Blanca mía, todo lo hice
A medida de mi honor;
Ya no te queda en la tierra
Otro apoyo mas que yo;
Ya no se opone tu padre,
Dueño mío, á nuestro amor.
Ya somos entrambos libres,
Vamos, pues, donde otro sol
Con mas benéficos rayos
Alumbra para los dos.
—¿Con que mi padre? . . .

—No puede

Ya oponerse

—Los pies voy

A besarle.

—Tente, Blanca,

Que es con una condición.

—¿Cuál?

—Que se esparza entre el vulgo

Con preparado rumor

Que él no consiente, y que huyes

Vencida á mi seducción.

Sígueme, pues, Blanca mía,

Que te juro por mi honor

Que si tus padres te vieran

Mudarian de intención.

—¿Ay! yo no sé peregrino

Que encanto hay en vuestra voz

Que á un mismo tiempo me halaga,

Y me hiere el corazón.

—Partamos, Blanca.

—Llevadme

Donde gustáreis, señor,

Vos sois quien solo en la tierra

Cariño tal me mostró,

Y no creyera en el cielo

A poder dudar en vos.

Y siguiendo el ciego impulso

De su puro corazón,

Del bravo conde en los brazos

Blanca llorando cayó.

Tomóla en ellos el conde,

Y en el mas leve rumor
De sus pisadas poniendo
Esquisita prevision,
Del castillo atravesaron
Uno y otro corredor,
Unos y otros aposentos,
Y uno y otro caracol.
Y así despacio llegando
A la muralla exterior,
El puente echaron, saliendo
De tan lóbrega mansión.
Cruzaron el parque aislado,
Bordearon en derredor
Un montecillo de abetos,
Y hallando tras un peñón
Dos caballos, que sin duda
El peregrino apostó,
Montaron á toda prisa,
Y al repentino aguijón
De la espuela se lanzaron
En un escape veloz.
De ellos en breves instantes
Solamente se alcanzó
La sombra, que de la atmósfera
Se atenuaba entre el vapor;
Y un punto negro, por último,
Al lejos se oscureció,
Quedando otra vez en calma
La solitaria estension.

Y cuando al día siguiente,
Ya casi al ponerse el sol,
La gente que en el castillo
Quedaba se despertó,
Vió asombrada que su sueño
Tan tenaz, fué en conclusion
Obra del fatal narcótico
Que el peregrino les dió.
En vano desatentados
Por uno y otro salón
En busca de ambos corrieron
Con iracundo furor;
Al aposento llegando
De Argentina y del barón,
Solo hallaron sus cadáveres,
Cuya vista daba horror.

CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos
Luminarias se encendian,
Dulces músicas se oían
Y alegres danzas do quier;
Y á las puertas del palacio
La multitud agolpada,
Pedia desahogada
La nueva condesa ver.
En tanto tras de los vidrios
De sus calados balcones,

De los suntuosos salones
Irradiando el resplandor,
En cuadros de luz brillante
En la plaza se pintaban
Y mil sombras los cruzaban
En tropel encantador.

Y esto que via la turba
El gozo ageno envidiando,
Desde la plaza gritando
Seguia con doble afán,
Cubriendo á veces el ruido
De sus múltiples acentos
El son de los instrumentos,
Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces
Un balcón en el palacio,
Colocáronse en su espacio
Dos personas á la vez,
Y conociendo á sus condes
Rompió á una voz de repente
En un aplauso la gente
Espontáneo y sin doblez.

—"¡Viva el conde de Castilla!"

Gritaba la muchedumbre,
Y allá del aire en la cumbre
Se oía el ¡viva! sonar;

—"¡Viva la condesa Blanca!"

Gritando el pueblo seguía,
Y allá en el viento se oía
¡Blanca! ¡viva! retumbar.

Y al son del aplauso ronco
En el balcón recostado,
Así en tono sosegado
El conde á su esposa habló:
"Blanca, á la infame Argentina
"Del mismo modo aplaudieron,

"Y al cabo la maldijeron,
"Y al cabo la maté yo.

"Pues tan de lejos te traje
"Para sentarte en su silla,
"Haz que se olvide en Castilla
"Quien la ocupó antes que tú:
"Que de otro modo, condesa,
"De mi trono hereditario
"No será mas que un sudario
"El pabellón de tisú."

Dió el conde un ósculo amante
En la mejilla á su esposa,
Y los ojos ruborosa
La bella Blanca bajó;
Aplaudió la turba al punto
Tan cortés galantería,
Y al son de su vocería
El conde el balcón cerró.

Siguió el placer con la fiesta
Prolongado hasta la aurora,
Y de Castilla señora
Quedó Blanca desde allí.
Y de la torpe Argentina
Borrada al fin la memoria,
Se guareció de la HISTORIA
De donde á sacarla fuí.

Lector: Si has visto con gusto
Como mis lindas francesas
Vinieron á ser condesas,
Por un bizarro español,
Léelas, cómpralas y apláudelas,
Y los cielos son testigos,
De que quedamos amigos
Para mientras dure el sol,